

han tenido continuamente en sus manos, se lo hemos puesto en ellas nosotros mismos, obligándoles á discutirlo, oponiéndoselo. Lo han examinado y revuelto por todos lados para la defensa ó el ataque: han hecho de él sus mismas probanzas, su mismo protocolo, comentándolo, interpretándolo, violentándolo, para sacar de él contra nosotros mil inducciones falsas y sacrílegas.”

“¿Y se nos había de rechazar hoy como sospechoso de falta de autenticidad, continúa diciendo Augusto Nicolás, se nos había de redargüir de falso este protocolo, estas probanzas que han tocado sus manos durante dieciocho siglos, que han abrumado con sus injuriosas objeciones y manchado con el veneno de su impiedad?”

“Esto no sería admisible, responde el sabio escritor, jamás lo ha sido, porque nunca se les han ocultado las Escrituras que se han escrito á sus propios ojos, á vista de los judíos y de los paganos que degollaban á sus autores, pero que no los desmentían.”

“Imposible es, repetimos, una falsificación en el texto de los Evangelios, dado el medio en que fueron propagados.”

“Admirable es, concluye el Padre Monsabré,

esta singular disposición de la Providencia que pone la fidelidad de los hijos de Dios, bajo la protección de aquellos mismos que tratan de corromperla.”

AUTENTICIDAD DEL EVANGELIO DE SAN MATEO.

Para juzgar del valor histórico de un libro antiguo, preciso es conocer la persona y las cualidades del escritor, tener la certidumbre de que su obra ha llegado hasta nosotros sin sufrir alteración notable y tener noticia de la ciencia, del discernimiento y de la probidad del autor.

Desde la más alta antigüedad, la Iglesia cristiana ha reconocido cuatro Evangelios, ni más ni menos, y los ha atribuido á cuatro autores determinados, de los cuales, dos, Mateo y Juan, pertenecen al Colegio Apostólico, y dos, Marcos y Lucas, eran discípulos de los Apóstoles.

Tertuliano, que escribió al fin del siglo II, se expresaba así: ‘Tenemos para instruirnos en la fe, entre los Apóstoles, á Juan y Mateo, y para

afirmarnos en ella, tenemos entre los hombres apostólicos, á Lucas y á Marcos."

Como lo hemos indicado ya en nuestros precedentes artículos, durante mil ochocientos años, nada había venido á quebrantar esta creencia constante.

El racionalismo, para eliminar la fe en lo sobrenatural, fué el que se atrevió á negar la autenticidad de los Evangelios.

Esta negación era una consecuencia legítima del principio fundamental de la escuela incrédula.

Si los Evangelios son auténticos, ellos nos presentan, sobre la vida de Jesús, el testimonio de testigos oculares, ó cuando menos, de discípulos cercanos á éstos testigos; testimonios recogidos en épocas muy cercanas á los acontecimientos, y cuya exactitud histórica podía, por lo mismo, comprobarse con facilidad.

Si los Evangelios no son auténticos, entonces se pueden atribuir á autores desconocidos, sobre cuya ciencia y sobre cuya probidad, no se podría tener garantía: se puede asentar, entonces, que fueron compuestos en una época en que los testigos oculares habrían desaparecido, y en conse-

cuencia, sus narraciones quedaban desprovistas de toda eficacia.

Por esto es necesario estudiar un poco más á fondo, aunque con la brevedad que reclama la índole de nuestra publicación, la autenticidad de los Evangelios.

Comenzando por el de San Mateo, podemos producir testimonios explícitos ó implícitos, que atestiguan que este Evangelio fué escrito por este sencillo Apóstol, y podemos también presentar indicios que el mismo Evangelio ministra para probar su autenticidad.

El primer testimonio explícito que podemos invocar para sostener que el Evangelio de San Mateo fué escrito por este Apóstol, es el de Papías, Obispo de Hierápolis, en Frigia, y que floreció por el año 118 de la Era Cristiana.

Eusebio de Cesárea, en su *Historia Eclesiástica*, nos ha conservado estas palabras de Papías: "Mateo, por su parte, escribió los oráculos, en lengua hebrea."

Los racionalistas afirman que esa obra escrita por Mateo, y á que se refiere Papías, no es el Evangelio que nosotros conocemos.

Se fundan en que la palabra griega de que se

valió Papías, significa que lo que escribió Mateo fué una colección de *discursos* del Señor y no una relación ó historia de los hechos.

La respuesta es sencilla.

Papías, hablando de San Marcos, emplea, como sinónima, la palabra griega para expresar con ella las *palabras* ó *hechos* de Cristo.

Por eso Renan, en su obra titulada "Los Evangelios," página 79, confiesa que el escrito de San Mateo, de que habla Papías, puede contener muy bien la relación de los hechos.

El racionalismo hace otra objeción para eludir el valor probatorio del testimonio de Papías.

Afirma que era un hombre desprovisto de mérito, porque Eusebio dice que era una inteligencia mediana.

A esto debe responderse: 1º, que esta apreciación de Eusebio lleva el sello de exageración y no tiene otro fundamento que las opiniones milenarias de Papías; 2º, que las palabras mismas de Papías, citadas por Eusebio, muestran que este Padre estaba lleno de solicitud por recoger de los hombres apostólicos, la verdadera tradición de la Iglesia primitiva; y 3º, que un hombre de inteligencia relativamente limitada, aunque capaz de

gobernar una Iglesia, como Obispo, autor de una obra digna de fijar la atención de un sabio, como Eusebio, tenía, sin embargo, la discreción necesaria para discernir si el Apóstol Mateo había escrito ó no en hebreo una historia del Salvador.

Si la historia era distinta del Evangelio que conocemos, el escrito de Mateo, indicado por Papías, habría dejado entre los Padres del II siglo, algún vestigio de su existencia.

Y la verdad es que estos Padres no conocieron otro escrito de Mateo, más que nuestro primer Evangelio.

Por otra parte, Papías no era un hombre como los racionalistas lo suponen, fundados en la calificación de Eusebio.

Fué, como dicen los autores del "Diccionario de Ciencias Eclesiástica," varón *muy instruido y versado* en las Sagradas Escrituras.

El testimonio, pues, de este Padre, es irrefragable.

El testimonio de Papías, está apoyado por el de San Ireneo que, como ya hemos indicado, fué discípulo de San Policarpo, quien lo fué de San Juan.

Este ilustre Padre, educado en Asia, y después Obispo de Lyon y Mártir, es el más antiguo es-

critor que da los nombres de los cuatro Evangelistas: tenía sus libros en la mano y cita con frecuencia pasajes que encontramos en nuestros actuales Evangelios.

Taciano, discípulo de San Justino, que floreció en el siglo II, conocía tan bien nuestros Evangelios, que compuso una concordancia de ellos intitulada: *Diatessaron*, es decir, la obra de cuatro.

Tertuliano y Clemente de Alejandría, enumeran nuestros cuatro Evangelios é indican el orden según el cual fueron compuestas sus narraciones.

Por último, como ya hemos dicho, el "Canon fragmentario" descubierto por Muratori, menciona el tercer Evangelio como de San Lucas, el cuarto como de San Juan: no hay duda, entonces, que en la parte perdida de este manuscrito se hacía mención del de San Mateo y de San Marcos.

Estos testimonios directos, prueban, sin duda, la autenticidad del Evangelio de San Mateo.

Los testimonios indirectos acreditan la misma verdad.

Los antiguos manuscritos y las antiguas versiones del Nuevo Testamento, así como las citas que de él hacen los escritores de los primeros siglos, no dejan lugar á duda alguna.

Todos los manuscritos antiguos llevan en la cabeza del primer Evangelio: "Según San Mateo."

Entre estas versiones, hay dos: la latina y la siríaca que remontan á la primera mitad del segundo siglo.

San Clemente de Roma, San Policarpo, San Ignacio de Antioquía, citan las palabras del Salvador consignadas en este Evangelio.

El libro intitulado "Doctrina de los Apóstoles," cuyo texto primitivo se ha descubierto recientemente y que remonta al fin del primer siglo, nos presenta muchas sentencias de Nuestro Señor, relatadas casi á la letra en nuestro Evangelio de San Mateo.

Las obras de San Justiniano están llenas de citas casi textuales de este Evangelio.

Por Orígenes sabemos que el pagano Celso lo tenía en sus manos.

Por San Epifanio nos consta que los Nazarenos y los Ebionitas conservaban el Evangelio de San Mateo.

Valentín y Basíledes se servían de él para apoyar sus errores.

De todos estos documentos resulta que, en el segundo siglo, el Evangelio de San Mateo, tal co-

mo lo poseemos hoy, era conocido y aceptado por todas partes, como la obra de este Apóstol, no sólo por los católicos, sino por los herejes y por los infieles.

“Debemos concluir, entonces, dicen los autores del Diccionario Apologético, que desde el primer siglo debió haberse tenido por auténtico este Evangelio en Palestina, en donde fué compuesto; de no ser así, no podría explicarse cómo las Iglesias, en tan poco tiempo, se habrían puesto de acuerdo para considerarlo como tal.

Si desde el primer siglo fué atribuido á San Mateo, en el mismo lugar en que fué publicado, no puede ponerse en duda que fuera de este Apóstol.

Un falsario no habría podido prosperar, no habría podido hacer que su obra pasara por la de un Apóstol, entre los fieles que eran los discípulos inmediatos de los Apóstoles.

Por último, el Evangelio de San Mateo, según la tradición, se dirigía á los judíos, con el fin principal de confirmarlos en la fe, mostrándoles en Jesús de Nazareth, el cumplimiento de las profecías Mesiánicas.

Este primer Evangelio responde perfectamente á los datos tradicionales.

El Evangelista, siguiendo paso á paso al Salvador, hace notar que en su persona, se han cumplido las profecías de la ley antigua.

En más de veinte lugares, sin contar muchas alusiones, perfectamente transparentes, á estos divinos oráculos, nos lo hace notar así el autor de este Evangelio.

Así es que puede concluirse, dada la fuerza de estas observaciones, que el Evangelio de San Mateo es auténtico.

AUTENTICIDAD DEL EVANGELIO DE SAN MARCOS.

Para el segundo, como para el primer Evangelio, el más grave testimonio es el de San Papias.

“El sacerdote Juan, dice este Padre de la Iglesia, contaba también que Marcos, el intérprete de San Pedro, escribió exactamente, aunque sin orden, las palabras y los hechos de Cristo. No había, en verdad, ni escuchado ni seguido al Señor, pero estaba unido á Pedro, el cual daba sus enseñanzas según era necesario, y no como quien expone por orden, los oráculos del Señor. De manera que

Marcos no ha hecho mal escribiendo así algunas cosas, según se las traía á su memoria el recuerdo. Una sola cosa procuraba con empeño, y era no omitir nada de lo que había oído, ni referirlo falsamente." 1

La evidencia de estas palabras, que brotaron de los labios de un escritor que, como dijimos, floreció por el año 118 de la Era Cristiana, ponen de manifiesto que desde aquella época era considerado San Marcos como autor del segundo Evangelio.

Los críticos modernos, para escapar á la evidencia de este testimonio, pretenden que el escrito de San Marcos, á que se refiere Papiás, no es el Evangelio que con su nombre poseemos, sino que es un escrito de las predicaciones de San Pedro, y de las cuales se aprovechó el segundo Evangelista, haciendo en él cambios y adiciones.

La razón que aducen para fundar esta tesis, es que el escrito de Marcos era una compilación sin orden, según afirma Papiás, mientras que nuestro segundo Evangelio ofrece sus narraciones bien combinadas.

La afirmación de Papiás queda suficientemente

1 Eusebio.—Historia eclesiástica, III, 39.

justificada, si se atiende á que en el Evangelio de San Marcos se nota la ausencia de orden cronológico.

Así es que ante la razón tan trivial que invocan los racionalistas, debemos entender el pasaje de Papiás, como lo ha entendido Eusebio, es decir, que ese pasaje se refiere al Evangelio canónico según San Marcos.

Entendiéndolo así, pondremos la enseñanza del Padre Apostólico en perfecto acuerdo con la de San Ireneo, que nos suministra este testimonio incontestable de los primeros siglos: "Marcos, dice San Ireneo, discípulo é intérprete de Pedro, nos ha dejado, también, por escrito, las cosas que habían sido predicadas por el Apóstol."

Este último testimonio queda precisado completamente por otros dos casi contemporáneos: el de Clemente de Alejandría, y Orígenes, quienes expresamente dicen que Marcos, en su Evangelio (el segundo Evangelio, dice Orígenes) consigna lo que había conservado en su memoria de las enseñanzas de Pedro.

La Iglesia de Occidente no ha enmudecido con respecto al hecho que nos ocupa.

El catálogo escriturario de Muratori (documen-

to romano del segundo siglo) se abre por estas palabras, refiriéndose al segundo Evangelista: *quibus tamen interfuit et ita possuit*, lo que significa que el autor del segundo Evangelio estuvo presente á las predicaciones de Pedro é hizo de ellas una fiel relación.

Africa, nos dice á su vez, por boca de Tertuliano: "El Evangelio publicado por Marcos es el de Pedro, de quien Marcos era intérprete."

A estos testimonios directos que acreditan la autenticidad del segundo Evangelio, deben agregarse, según el sistema que venimos observando, los testimonios indirectos.

En todos los manuscritos y en todas las antiguas versiones, se encuentra el segundo Evangelio con esta inscripción: *según Marcos*.

Los Padres del segundo y del tercer siglo, raras veces citan este Evangelio; pero esto no es extraño, si se atiende á que los hechos que consigna San Marcos, están relatados equivalentemente por San Mateo ó por San Lucas.

Sin embargo, San Justino al recordar que los hijos del Zebedeo fueron llamados por el Señor, *hijos del trueno*, evidentemente tomó esta ense-

ñanza del Evangelio de San Marcos, porque es el único que da este detalle.

Y no es esta una simple conjetura; el mismo San Justino afirma que esto está escrito "en los comentarios de Pedro" y esto es, como si dijera, "en el Evangelio de Pedro," porque él llama á los Evangelios, *Comentarios de los Apóstoles*.

Los argumentos extrínsecos conducen á la misma conclusión.

La tradición primitiva atribuía la redacción del segundo Evangelio á San Marcos, discípulo de Pedro y establece que fué compuesto en Roma, viviendo el príncipe de los Apóstoles.

La estructura del segundo Evangelio responde á esa tradición. El es el que refiere con más minuciosos detalles y con circunstancias características los hechos de Cristo, de manera tan clara, que desde luego se ve que no han podido ser recogidos sino por un testigo ocular.

Aunque este Evangelio sea el más corto, es el más completo en datos, sobre los hechos de Pedro, particularmente sobre aquellos que no son honorables para el Apóstol, como fué aquella triste circunstancia en que negó tres veces á su Maestro.

En cambio deja en la sombra lo que constituye

la gloria de Pedro, por ejemplo, el magnífico elogio que rindió á su fe el Salvador, cuando acababa de confesarlo Hijo de Dios, ante sus compañeros en el Apostolado.

Por otra parte, el segundo Evangelio se refería especialmente á los Romanos.

A esto responde la cuidadosa traducción de las palabras hebreas que emplea en su libro y la explicación, no menos correcta, que hace de los usos de los judíos.

Así es que la autenticidad de este Evangelio, ante la más severa crítica, no puede ponerse en duda.

AUTENTICIDAD DEL EVANGELIO DE SAN LUCAS.

El catálogo de Muratori nos presenta un testimonio irrefragable del segundo siglo.

“El tercer libro del Evangelio, dice este catálogo, es el Evangelio, según San Lucas, médico, á quien después de la Ascensión del Señor, asoció Pablo á sus trabajos.... escribía en su propio nombre, según las ideas de éste. No vió, sin embargo, al Señor en carne humana y á causa de esto

refiere los hechos como ha podido instruirse de ellos.”

Tertuliano reprochó á Marción haber alterado el Evangelio de San Lucas. Este Evangelio, dice, está recibido por todas las Iglesias; Marción, al contrario, es un desconocido.

Revindica en favor de este escrito la autoridad misma de los Apóstoles, porque la composición de Lucas, agrega, se atribuye comunmente á Pablo.

San Ireneo se hace eco de la misma tradición: Lucas, dice, discípulo de Pablo, consigna en un libro el Evangelio predicado por éste.

Hace un análisis detallado del Evangelio de San Lucas, que responde exactamente al tercer Evangelio.

Clemente de Alejandría invoca, para probar algunas de sus aseveraciones, el Evangelio según Lucas, y Orígenes cuenta este Evangelio entre los cuatro que eran únicamente admitidos sin discusión en la Iglesia universal.

Existen, respecto de este Evangelio, como respecto de los anteriores, no sólo los testimonios directos que acaban de invocarse, sino también los indirectos.

San Justino, Padre del segundo siglo, refiere la

historia de la Anunciación y da sobre el nacimiento del Salvador detalles que no se encuentran más que en San Lucas y dice que los Apóstoles en sus comentarios, llamados Evangelios, nos han enseñado que Jesús les dió orden de consagrar el pan y el vino, cuando después de haber tomado el pan y de haber dado gracias, dijo: "Haced esto en memoria de mí." Lucas es el único Evangelista que refiere estas palabras.

La carta de la Iglesia de Viena, documento del segundo siglo, aplica á los mártires de esa ciudad el elogio que San Lucas tributara al sacerdote Zacarías.¹

Los Gnósticos rinden igualmente testimonio á la autenticidad de este Evangelio.

Basíledes explica en sentido herético las palabras del Angel Gabriel á la Virgen María; Valentín, al decir de San Ireneo, emplea muchos textos sagrados que no se encuentran más que en San Lucas: En fin, Marción, desechando los otros Evangelios, sólo admite el de San Lucas, haciéndole sufrir interpolaciones y mutilaciones.

El pagano Celso habla de la doble genealogía de Jesús, de la aparición de los ángeles en la tum-

¹ Ap. Euseb. Histo. Eccl. V.—I.

ba del Salvador y encuentra que sobre este punto los Evangelistas están en contradicción, porque uno afirma que dos ángeles se aparecieron á las mujeres y otro afirma que uno solo.

Es, por tanto, evidente que, desde el segundo siglo, el tercer Evangelio era universalmente recibido como Libro Sagrado y se atribuía á San Lucas, discípulo de San Pablo.

Los argumentos intrínsecos engendran la misma convicción.

Considerando de cerca este Evangelio, se descubren en él muchos indicios que revelan la influencia de San Pablo y confirman la tradición, según la cual el tercer Evangelista es un discípulo del gran Apóstol, que se propuso reproducir en sus escritos las enseñanzas de su Maestro.

Desde luego, entre el tercer Evangelio y las Epístolas de San Pablo, se descubre una concordancia verbal de las más patentes.

Las palabras de la Institución de la Sagrada Eucaristía, están referidas de la misma manera que las consignó San Pablo en su primera Epístola á los Corintios,¹ mientras que son diferentes en San Mateo y San Marcos.

¹ XI.—24.—25.

El orden de las apariciones de Cristo, resulta ser el mismo en el tercer Evangelio que en la primera Epístola á los Corintios.¹

Agreguemos que el estilo de nuestro Evangelista es más puro y menos sometido á hebraismos que el de los otros dos Sinópticos, cualidad que responde admirablemente al origen helénico y á la instrucción más esmerada de San Lucas, médico nacido en Antioquía, opulenta Capital de la Siria.

AUTENTICIDAD DEL EVANGELIO DE SAN JUAN.

La fisonomía del cuarto Evangelio es enteramente distinta de la que presentan los tres que le preceden.

Es una obra aparte, escrita con un fin polémico especial, al que está subordinado todo en la elección de los hechos de la vida de Jesús que en él se relatan.

El autor quiere establecer la divinidad de Je-

¹ XV.—5.—7.

sús contra las sectas heréticas que negaban este dogma.

La tradición antigua le señala además otro propósito: habiendo omitido los tres Sinópticos casi enteramente los hechos de Jesús, realizados en los dos primeros años de su vida pública, el autor del cuarto Evangelio se propone suplir ese silencio.

Toda la antigüedad proclama, unánime, como autor del cuarto Evangelio á Juan, el discípulo á quien el Señor amaba.

La incredulidad moderna, empeñada en negar la divinidad de Cristo, como algunas sectas antiguas, ha puesto en duda la autenticidad de este Evangelio en que irradia con el esplendor más vivo la verdad de este dogma.

Importa, de consiguiente, poner esa autenticidad en toda su luz.

Entre los testimonios formales de la antigüedad, que son los testimonios directos, ninguno es tan expresivo como el de San Ireneo, Obispo de Lyon, nacido y educado en Asia, en donde fué discípulo de San Policarpo, quien, á su vez, lo fué de San Juan.

San Ireneo se expresa así: En seguida Juan,